

In Memoriam...



*Fernando Berrocal**

Era otro tiempo y otro espacio. Todavía las familias crecíamos alrededor de la casa de los abuelos y un patio resumía el horizonte de nuestros sueños y esperanzas. En aquel patio había un níspero cargado de amarillos frutos, dos o tres palos de mango y naranja agria que no sé por qué llamábamos "sangre de burro", una palmera que todos los eneros amenazaba caerse, un rosal, una cría de conejos y un amplio zacatal con tierra en donde jugábamos al círculo de las bolitas y al tiro de los balines. Debajo de la casa de los abuelos nos escondíamos con miedo y, al fondo, en la frontera de bambú o encaramados en la tapia de ladrillos rojos, los primos intuíamos que más allá, también, existía otro mundo casi siempre adverso

y misterioso; el del barrio y la pulpería, el de la ciudad, el de otros personajes y otras historias.

Álvaro fue el primero de todos nosotros que comenzó a leer y, desde entonces, muchos años antes de que fuéramos a la escuela, no paró nunca de leer. Su cuarto se comenzó a llenar de libros y después fue la sala y el comedor y el baño y los otros cuartos hasta que, con los años, la casa de la Tía Violeta se transformó en una inmensa biblioteca llena de libros y revistas. Él nos enseñó a leer a los primos, en el sentido del misterio profundo de las palabras cuando estas se transforman en frases y en cuentos y en novelas y en poesía. Con él y de sus manos, todos nos fuimos de viaje por los mares del sur y recorrimos la

* Abogado.



luna y seis peniques, soñando ser aventureros, piratas, espadachines y hasta pintores y bohemios en ciudades mágicas cargadas de historia. Eso fue muy al principio de nuestras vidas, porque después Álvaro nos introdujo al mundo de las angustias más profundas, en una etapa de la adolescencia en que ya habíamos logrado salir del patio de los abuelos y juntos, los primos, entramos al juego de los abalorios y de ahí, entonces sí: terribles realidades de la condición humana en el mundo de los extranjeros.

En aquel esfuerzo extraordinario y vital de la infancia y la adolescencia, Álvaro fue el guía de los primos en el peregrinaje por la literatura y por los sueños. Después crecimos y cada cual tomó su camino. Álvaro siguió leyendo y su biblioteca no cesaba de crecer y llenar espacios y más espacios. Aprendió idiomas para leer a los clásicos franceses e ingleses en su propia lengua. Más adelante, cuando la vida nos volvió a encontrar en el movimiento estudiantil de los años sesenta, por medio de la FEUCR obtuvimos unas becas y así se fue a Leningrado, en donde se encontró, y para siempre, con el Chéjov de sus cuentos y sus interminables inviernos blancos. Fueron años de música protesta y de manifestaciones contra la Guerra en Vietnam y año, también, en que la imaginación desafió al poder y los jóvenes pedimos lo imposible para quizás, al menos, alcanzar lo posible. Álvaro se fue hasta el otro lado del mundo y regresó con un doctorado, aunque muchos años después, en una de esas inolvidables y socarronas conversaciones de madurez, me decía que en la distancia del tiempo se había quedado sin universidad, con una ciudad que había cambiado de nombre y con un país que había dejado de existir. Un contrasentido de la historia, sin duda, lo mortificaba y le quitaba parte de su vida. A él y a todos los que habían creído y soñado con la utopía.

De otro tiempo y otro espacio llegó también Eugenia. Llegó con fuerza vital, con alegría, con determinación, con dulzura y con un proyecto existencial de teatro; juntos se transformaron en una pareja excepcional y ejemplar. Álvaro, que no dejaba de leer y profundizar en la literatura universal, inició, desde su cátedra en la Universidad de Costa Rica una obra monumental de reflexión y reinterpretación de nuestra literatura nacional. Vinculó, en sus ensayos y libros, a los escritores con la realidad de su entorno, con el poder real y el mundo social y económico de la Costa Rica de verdad y no de la Costa Rica distorsionada por la mediocridad y el cinismo ambiente. Sin complacencia alguna, con rigor metodológico, con pasión y amor que es de la única forma como se hace obra, Álvaro se fue a caminar por los caminos del tiempo en búsqueda de la creación nacional y articuló y ordenó una visión integral de nuestra literatura que, lamentablemente, quedó inconclusa. Eugenia hizo lo suyo como una gran actriz y transformó el teatro en un proyecto existencial de la vida. Así caminaban por la vida, a las puertas de la madurez y de lo mejor que siempre está por venir.

Uno de esos poetas nuestros y el primer Magón de nuestra generación, Alfonso, me dijo no hace mucho, en una esquina de San José, que "Álvaro era un sabio". Recordé ese juicio cuando con Eugenia, con sus dos hijas, profesores universitarios y gente de teatro, los primos, la tía Violeta, la tía Hilda y mamá, lo enterramos hace pocos días en la tumba de don Bernardo Soto. Ese bisabuelo de quien la historia afirma que fue el padre de la democracia en Costa Rica y a quien nosotros, en el pequeño núcleo de aquellos primos le debemos para siempre el patio de Tita y Tata, el lugar en donde comenzamos a soñar y en donde Álvaro, explicándonos el sentido profundo de las palabras, nos enseñó a leer. ¿Habrá acaso una deuda mayor en la vida?

